

## LECCIÓN 40.<sup>a</sup> LA NACIÓN JUDÍA Y LA GRAN TRIBULACIÓN

Para muchos, hoy en día, la nación judía se ha convertido en el centro de la profecía. Y, para otros, no sólo es el tema profético central, sino que casi se ha transformado en el único tema verdaderamente importante de las profecías.

### 1. Las condiciones esenciales de la bendición a Israel

Desde los mismos comienzos de su vida nacional, Israel fue advertido, como nación elegida de Dios, que las bendiciones y la ocupación de la tierra que habían recibido como regalo del Altísimo dependían de su fidelidad al Señor que los sacó de Egipto e hizo de ellos una nación grande. Si, en lugar de fidelidad, no iban a responder sino con desobediencia y apostasia, su destino sería el rechazo de Israel como pueblo de Dios y la dispersión de los hebreos en medio de las naciones. Véase Deuteronomio 28:9-15, 63-64:31:16. En estos textos la advertencia de Moisés a Israel es clara. Los judíos no podían llamarse a engaño.

### 2. La desobediencia y el rechazo de la nación Judía

A lo largo de la historia la nación judía se apartó de Dios en numerosas ocasiones. Y experimentó las consecuencias en forma de juicios que el Señor profirió sobre el pueblo rebelde y contradictor. Pero una y otra vez, cuando el pueblo se arrepentía, Dios les perdonaba y restauraba. Sin embargo, la desobediencia, la rebeldía y la misma apostasia llegaron a su culminación cuando los judíos rechazaron al Mesías, de quien Moisés había escrito que sería el Profeta al que había que escuchar y obedecer (Deut. 18:18, 19).

El asesinato del Hijo de Dios a manos de la nación judía es minimizado hoy. Se piensa, equivocadamente, que recordar tal suceso es hacer propaganda antisemita y que si queremos demostrar nuestra tolerancia racial y nuestro buen ánimo en favor de los judíos, lo mejor es no volver a sacar a colación tan triste hecho, o bien suavizarlo.

Muchos profetas habían sido matados en el pasado, y ello es algo terrible; pero lo terrible, sin capacidad de medida posible, está en el rechazo del testimonio del Hijo de Dios. Este rechazo es el último acto de una serie de hechos parecidos en el pasado- Siendo el climax de la apostasia, el juicio en que incurre difiere de los juicios del pasado en el sentido de que es un juicio irrevocablemente final. La Palabra de Dios ofrece este mensaje de juicio final sobre la nación hebrea por boca de Jesús mismo, el gran Profeta anunciado por Moisés. El texto clave es el que recoge las palabras de Jesús en Mateo 21:33-39. Los labradores malvados —tipo inequívoco de Israel— tomaron al Hijo, lo echaron fuera de la viña y le mataron. «Cuando venga, pues, el Señor de la viña, ¿qué hará a aquellos labradores?» Y los mismos judíos le respondieron con un razonamiento lógico, que confirmaba su propia condenación:

«Le dijeron: a los malos destruirá sin misericordia, y arrendará su viña a otros labradores, que le paguen el fruto a su tiempo» (vers. 41).

Entonces Jesús prosiguió y les citó la Escritura, concluyendo así:

«Por tanto, os digo que el Reino de Dios será quitado de vosotros, y será dado a gente que produzca los frutos de él» (vers. 43).

No hemos sido dejados a la duda, ni abandonados a la conjetura de investigar a qué gente se refiere el Señor aquí. Porque la misma Piedra que fue destructora para Israel, es constructora del Israel de Dios. Léase, sobre el particular, el precioso texto de 1.<sup>a</sup> Pedro 2:6-10, a la luz del cual todo cuanto dice el señor Scofield en su Biblia (nota a Mat. 21:44) aparece como sumamente frágil (cf. también el comentario —nota a Mat. 21:43—).

El texto de 1.<sup>a</sup> Pedro 2:6-10 es tan claro, que no podía decirse con mayor sencillez y claridad cuanto allí se afirma. La verdadera herencia que la nación judía rechazó fue el Reino de Dios, y no un hipotético milenio terrenal. La santa nación, la verdadera Iglesia, el Israel de Dios, «ve»,

«entra» y «hereda» el Reino de Dios, siendo cada subdito renacido de arriba por la Palabra y el Espíritu.

La «santa nación», la gente a la que Cristo dio el Reino, deberá producir frutos en consonancia con su naturaleza (Jn. 15:8; Ro. 7:4; Ef. 5:9; Fil. 1:11; Col. 1:10; Sant. 3:17).

En relación con el rechazo de la nación que no producía fruto, la Biblia declara:

1. La nación fue advertida por Juan Bautista (Mat. 3: 7-10).
2. Se le dio un periodo de prueba de «tres años» —el tiempo que duró el ministerio de Cristo antes de su crucifixión— (Lúe. 13:7-9).
3. Jesús halló que la nación judía no había producido el fruto que esperaba cuando vino a recogerlo. Su condición queda simbolizada en la figura de la higuera estéril (Mat. 21:19).
4. No sólo fue cortada y maldita la nación judía, sino que fue dicho que nunca más produciría fruto en cuanto nación (no los individuos, sino la nación judía como tal). puesto que las raíces se le han secado y no podrá revivir (Mar. 11:14, 20).
5. La única esperanza de los judíos está en su incorporación a Cristo y al nuevo pueblo de Dios —la Iglesia—, que viene a ser como un injerto que produce el fruto deseado por ei Señor (Rom. 11 y Ef. 2).
6. La maldición en que incurrió la nación judía (dejando a salvo las excepciones de personas individuales) al consumir su rebelión asesinando al Hijo de Dios, no es algo baladi; ello atrajo la ira de Dios hasta el máximo (Mat. 23:32, 35, 36, 38).

En el año 50 de nuestra era, Pablo predijo el próximo juicio que iba a caer sobre Jerusalén (1.<sup>a</sup> Tes. 2:15, 16), y concluye así: «pues vino sobre ellos la ira hasta el extremo».

Algunos intentan interpretar todos estos textos como si el juicio de Dios no hubiera de caer en la generación contemporánea de Cristo, sino sobre los judíos de un futuro período después que la Iglesia haya sido arrebatada. Esto no puede ser así, porque la parábola de los labradores malvados enseña que los que mataron al heredero (tipo de Cristo) fueron destruidos. Así, Cristo, el Heredero, advirtió a sus contemporáneos que su propia generación era más malvada que las anteriores, y semejante al hombre poseído por «ocho espíritus» cuyo fin es irrevocable (Mat. 12:45). Lo que Jesús dijo de Jerusalén en Lucas 19:42, 43 se cumplió al pie de la letra cuando cayó la ciudad ante el asedio romano el año 70.<sup>35</sup>

### 3. La tribulación en el año 70 y después

La ira divina vino sobre la nación judía «hasta el extremo», tal como había sido profetizada antaño (Deut. 28:49-57; Is. 51:17-20; Dan. 12:1), y por el mismo Señor Jesús (Mat. 24:15-22; Mar. 13:14-20) haUó cabal cumplimiento.

La destrucción de Jerusalén fue claramente predicha por Cristo, no sólo como advertencia del inminente juicio, sino para dar instrucciones muy concretas a sus discípulos sobre lo que tenían que hacer en aquella hora (Lúc. 21:20-24). Todo el pasaje merece ser leído con atención. Observemos que en el versículo 22 se lee: «Porque estos son días de retribución, para que se cumplan todas las cosas que están escritas.» Los relatos de Mateo y de Marcos enfatizan la extrema severidad de la gran tribulación (Mat. 24:21; Mar. 13:19). Fijémonos en expresiones tales como «días de retribución», «ira sobre este pueblo».

Que tales cosas han ocurrido ya, es algo incontrovertible. La profecía de Jesús es ya historia. Nunca más tiene que ser hollada Jerusalén por los gentiles, hasta que los tiempos de los gentiles se cumplan (Lúc. 21:24). El intento de convertir en futuro el juicio que se relata en Mateo y en Marcos es vano, porque nunca habrá en el futuro un asedio parecido al de

Jerusalén, en el que los cristianos tengan la oportunidad de escapar, como lo hicieron entonces, avisados por los tres Evangelios sinópticos.

Esta fue la única tribulación, singular en su severidad y horror. Y también lo fue por lo que se refiere al camino de huida que fue otorgado a los cristianos de aquel tiempo (año 70 de nuestra era).

Quizás haya quien piense que los horrores de los campos de concentración de Hitler excedieron a las atrocidades de las huestes que sitiaron y luego arrasaron la ciudad de Jerusalén el año 70 de nuestra era. Nada más lejos de la verdad. Añádase que a estos horrores perpetrados por los vencedores deben sumarse los que cometieron entre ellos mismos los habitantes de la ciudad. Abandonados a su trágico destino y bajo la ira de Dios, nada quedó que pudiese detener la maldad intrínseca del hombre, y todos los diques fueron desbordados. Ocurrió lo predicho por Jesús en Mateo 12:45: «el postrer estado viene a ser peor que el primero. Así acontecerá a esta mala generación».

Con todo lo terrible que fue lo ocurrido en los campos nazis, el sitio y la caída de Jerusalén fueron todavía más horribles, y sólo porque el Señor mismo acertó aquellos días quedó algo del pueblo judío. El historiador Josefo —que no era cristiano— nos ha dejado el relato impresionante de la tribulación de aquellos trágicos días. Los excesos de los zelotes en el interior de la ciudad eran tan crueles como los de la soldadesca en las aldeas y otras ciudades de los alrededores. En los más recientes pogroms judíos han muerto quizá mayor número de personas, pero las torturas y los sufrimientos no pueden ser considerados mayores que los infligidos a los habitantes de Jerusalén en el año 70. Basta una lectura de Josefo, libro III de las Guerras judías.

#### 4. ¿Qué dicen los dispensacionalistas?

En relación con la teoría de una futura tribulación judía, Alexander Reese, un premilenialista que no se considera dispensacionalista, escribió un libro de 320 páginas llamado *The Approaching Advent of Christ* para refutar la hipótesis dispensacional conocida bajo el nombre de «pretribulacionismo» (teoría que supone el arrebatamiento de la Iglesia antes de que sobrevenga la supuesta «gran tribulación al final de los días», una tribulación que sólo afectaría a los judíos, al decir de los dispensacionalistas). He aquí algunos de sus comentarios:

«En algunas observaciones sobre la tribulación, Darby afirmó (*Collected Writings*, vol. xi, p. 251) que sólo sabía de seis textos que tratan esta cuestión (Jer. 30:7; Dan. 12:1; Mat. 24:21; Mar. 13:19; Apoc. 3:10; 7:14). De manera similar escribe Kelly en su *Second Coming* (p. 235).

»Pero yo podría sugerirles dos textos que, al parecer, les han pasado inadvertidos. ¿Cómo es posible? ¿No será porque esos dos textos destrozan y triturar sin compasión toda la hipótesis de la gran tribulación final judía? Me refiero a Apocalipsis 13:7: "Y se le permitió hacer guerra contra los santos y vencerlos. También se le dio autoridad sobre toda tribu, pueblo, lengua y nación." Y el otro texto es Apocalipsis 12:12-17, del que citaré tan sólo el versículo 12: "El diablo ha descendido hasta vosotros con gran ira, sabiendo que tiene poco tiempo."

»De acuerdo con Darby y sus seguidores, la gran tribulación es la ira de Dios sobre el pueblo judío por haber rechazado a Cristo. De acuerdo con la Escritura, es la ira del diablo en contra de los santos por haber éstos rechazado al Anticristo y haber continuado fieles a Cristo.

»Una vez que el lector ha visto la verdad bíblica sobre este punto, todo el tinglado darbista se viene abajo, como castillo de naipes, hecho con barajas de hipótesis; con suposiciones y nada más-»<sup>36</sup>

Haremos bien en observar la diferencia que hay entre «tribulación» y el concepto bíblico de «la ira de Dios». El Nuevo Testamento revela que la Iglesia, desde su comienzo, sufrió tribulación y no estará exenta de la misma hasta que Cristo ponga fin al estado de cosas en este mundo. Es una falsa ilusión, y muy peligrosa, el enseñar a los cristianos que quedarán a salvo de cualquier tribulación final, desencadenada por las fuerzas del mal (V. Mat 13:21: 24:9; Jn. 16:33; Hech. 11:19: 14:33; 20:23; Rom 5-3-8: 8:35; 12:12; 2.ª Cor. 1:4; 4:17; 7:4: 8:2; Ef. 3:13; 1.ª Tes. 1:6; 3:3. 4, 7; 2.ª Tes. 1:4, 6; Heb. 10:33: Apoc. 7;14).<sup>37</sup> Lo que nunca se cierne sobre el justo es «la ira de Dios», la cual se manifiesta en su forma extrema tan sólo sobre los inicuos (Mat. 3:7: Lúc. 21:23; Jn. 3:36; Rom. 1:18: 2:5,8: 5:9; Ef. 2:3; 5:6: Col. 3:6; 1.ª Tes. 2:16: 5:9; Apoc. 6:16, 37; 11:18; 14:10; 16:19: 19:15). Es cierto que se puede sufrir tribulación al tiempo que se experimenta la ira y la retribución de Dios, pero nadie puede sufrir la ira de Dios por ser justo. Confundir la tribulación con la ira sólo conduce a erróneas interpretaciones del texto bíblico.

La nota del señor Scofield a Mateo 24:15-16 dice así:

«Véase Lucas 21:20-24. El pasaje en Lucas se refiere en términos evidentes a la destrucción de Jerusalén por Tito en el año 70 d.C. Mateo trata de una futura crisis en Jerusalén que tendrá lugar después que la "abominación" se haya manifestado... Debido a que las circunstancias en ambos casos habrían de ser similares, las advertencias también lo son. En el primero de estos casos, Jerusalén fue destruida; en el segundo, será liberada mediante la intervención divina.»<sup>38</sup>

Esta nota es inconsistente con lo que enseña la Sagrada Escritura, por lo menos en cuatro puntos:

1) Nada hay que indique en la Biblia que Jesús, en su discurso, se refería a dos asedios distintos de la ciudad de Jerusalén.

2) Los «días de retribución» y el «día de la ira», de los que nos habla Lucas, eran en cumplimiento de profecías (cf. Lúc. 21:22). Incluso Scofield admite que el relato de Lucas se refiere a eventos del pasado, ya cumplidos. Es lo que acaeció a los judíos durante la destrucción de Jerusalén el año 70 de nuestra era.

3) No hay la más pequeña diferencia en Mateo y Marcos acerca de una supuesta intervención divina para preservar la ciudad de Jerusalén en ninguna ocasión.

4) Ninguna de las referencias bíblicas que da Scofield en su nota se refiere a esta supuesta liberación de la ciudad como tal.

Notas:

35. Cj. Flavio Josefo, Guerras de los judíos, libro VII

36. A. Reese, o. c., p. 284.

37. Respecto de este último texto (Apoc. 7:14), es de suma importancia el notar que el texto original usa la preposición ek = de, en sentido de extracción de un lugar, en vez de apó: de, en sentido de separación o apartamiento.

38. Biblia Anotada de Scofield. pp. 993-994.